

ISSN electrónico: 2602-8069

EMOCIONES INTELIGENTES EN LA EDUCACIÓN UNIVERSITARIA: LOS DESAFÍOS PARA EL DOCENTE DEL SIGLO XXI

*Smart emotions in University education: the challenges for the
teacher of the 21st century.*

Diana María Calderón Salmerón
Pontificia Universidad Católica del Ecuador
dmcalderon@puce.edu.ec

Johanna Herrera Segarra
Pontificia Universidad Católica del Ecuador
jherrera228@puce.edu.ec

Ensayo Académico

Fecha de recepción del artículo: 6/04/2018
Fecha de aceptación definitiva: 10/12/2018

RESUMEN

La educación universitaria se enfrenta a grandes retos en el siglo XXI pues debe renovarse y transformarse continuamente para responder a los vertiginosos cambios de la sociedad actual, fruto del avance científico y tecnológico propios de la época. Esto exige una práctica docente diferente que recupere esa visión integral del Ser humano en donde emoción y razón de forma ineludible deben ser abordadas como partes inseparables de un todo.

En el presente artículo se reflexiona desde la Academia sobre la importancia de incorporar la educación emocional como un eje transversal en los procesos educativos al interior de la Universidad, lo cual es imprescindible en la formación de los principales actores del proceso: maestros y estudiantes.

Esto sin duda no es tarea fácil puesto que demanda un alto componente de formación constante del profesorado y una predisposición para cambiar paradigmas tradicionales en los que la educación ha estado inmersa. La evidencia científica que se ha generado en las dos últimas décadas muestra cada vez más la necesidad de contar con profesores emocionalmente inteligentes, que estén dispuestos a asumir este importante reto para generar transformaciones significativas en la educación y como consecuencia en la sociedad en general.

Palabras Clave: Docencia Universitaria, Emociones, Inteligencia emocional, formación profesional, Educación.

ABSTRACT

University Education faces great challenges in the 21st century, because it has to renew and make a continuously transformation to answer to the vertiginous changes that result from the scientific and technological progress of the time. This demands a different teaching practice that recovers the integral vision of the human being where emotion and reason must be addressed as inseparable parts unavoidably.

This article aims to reflect from the Academy on the importance of incorporating emotional education as a transversal axis in educational processes within the University, which is essential in the training of the main actors of the process: teachers and students.

This is not an easy task since it demands a high component of constant teacher training and a predisposition to change traditional paradigms in which education has been immersed. The scientific evidence that has been generated in the last two decades, shows more and more, the need to have emotionally intelligent teachers who are also willing to take on this important challenge, in order to generate significant transformations in education, and as a consequence, to society in general.

KeyWords: University Teaching, Emotions, Emotional intelligence, professional training, Education.

1. DESARROLLO DEL TEMA

Hoy en día lograr un título universitario es fundamental para el desarrollo integral de la persona, la familia y el entorno en general. La Universidad resulta para los jóvenes un mundo nuevo que oferta espacios de aprendizaje importantes para su práctica profesional. Así, la educación concebida como un acto de dirección y desarrollo prepara a los educandos para que sean los ejes de transformación de la realidad desde distintos aspectos como son los conocimientos, las habilidades, los valores y las capacidades adquiridas en cada etapa de la vida (Herrera, 2010)

Pozo (2016) concibe el aprendizaje de una manera más tangible, al afirmar que el acto de aprender es una paradoja. Desde el vientre materno los seres humanos están en un constante aprendizaje y nunca dejan de hacerlo. El ser humano dedica el mayor tiempo de su vida a aprender y sin embargo, aparentemente cada vez se aprende menos o, por lo que parece, existe una mayor frustración con lo que se aprende. Cabe entonces la pregunta fundamental: ¿Cómo hacer que la educación sea pertinente, para que genere un impacto significativo para la transformación de la sociedad?

Desde una perspectiva constructivista, Carretero (2013) afirma que el desarrollo cognitivo, social y afectivo se produce de manera permanente como resultado de la interacción entre el ambiente y las disposiciones internas del individuo, lo cual sin duda pone de relieve la importancia del entorno en la formación integral de los individuos.

Así, al hablar de docencia universitaria es necesario mencionar que ésta debe seguir evolucionando a la par con el sistema educativo y el mercado laboral, los cuales exigen la necesidad de replantearse una educación universitaria que responda a las nuevas demandas en la formación de profesionales, quienes también se encuentran inmersos en un proceso de globalización creciente (Gaete, 2011); si se quiere mejorar la sociedad, se debe partir de una educación que contemple el desarrollo integral del ser, lo cual sin duda involucra considerar los aspectos socio-emocionales que redundarán en un mejor ejercicio de la profesión.

Existen investigaciones que dan cuenta de la influencia que los niveles de Inteligencia Emocional tienen como predictores de rendimiento académico, logros, equilibrio psicológico, buenas relaciones sociales, aspectos fundamentales en cualquier proceso de planificación del proyecto personal (Sánchez, León & Barragán, 2015), entre los cuales se contempla por supuesto la formación profesional universitaria.

Fragoso, por su parte refiere que un individuo al momento de enfrentarse al mercado laboral requiere necesariamente haber contado con una formación integral que haya contemplado no solo conocimientos académicos sino también aquellas importantes habilidades socio-afectivas. Así, en la educación superior el desarrollo de la inteligencia emocional y de las competencias emocionales facilitan la formación integral, que influye en la generación de seres humanos plenos y trabajadores efectivos.

Sin duda alguna, asegurar la calidad de la educación superior es un tema trascendental que debe retomar la importancia de una educación centrada en el desarrollo integral del estudiante, lo cual brindará mayores herramientas al futuro profesional para un ejercicio más pleno de sus funciones, dentro del mundo globalizado actual.

Por esta razón quienes se encuentran como líderes de las instituciones educativas, tienen ardua tarea de asumir con compromiso y responsabilidad el mejoramiento de la calidad en educación, poniendo énfasis en la educación superior, acorde a las exigencias actuales y futuras para una mejor sustentabilidad y sostenibilidad.

Diana María Calderón Salmerón - Johanna Herrera Segarra
Emociones inteligentes en la educación universitaria: los desafíos para el docente del siglo XXI

De acuerdo a Pozo (2016) existe un número importante de investigaciones acerca de las concepciones de enseñanza de profesores de nivel universitario que, si bien provienen de diferentes concepciones teóricas y metodológicas, todas ellas orientan la acción, interpretación, experiencia, posicionamiento y toma de decisiones en el proceso de interaprendizaje. Estas concepciones que orientan el modo en que los profesores anticipan y llevan a cabo su tarea, comienzan a desarrollarse desde edades tempranas, lo cual podría explicar en parte la huella identitaria de las mismas, así como también su arraigo y, en ocasiones, resistencia al cambio.

Por ello, el mismo Pozo (2016) manifiesta que para llevar a cabo una transformación desde la práctica docente, es necesario reconocer y reconfigurar las concepciones que tanto estudiantes como profesores tienen sobre el proceso de enseñanza. Sus estudios permiten entrever cómo la influencia del profesor universitario, especialmente en aquellas asignaturas profesionalizantes es crucial para transformar la educación; demanda por tanto, una alta preparación del profesor universitario, no solo en los temas propios de su experticia, sino además en otros que garanticen una verdadera formación integral. Comprender esto es menester al hablar de desarrollo de inteligencia emocional en la formación Universitaria, tema objeto de este estudio.

1. Inteligencia Emocional: Fundamentos y relación con la educación.

Para comprender el término Inteligencia Emocional (IE) se define la emoción como concepto fundamental pues no es posible comprender la magnitud de la IE sin antes definir y entender el fenómeno emocional.

Etimológicamente emoción proviene del latín *Emotio*, que a su vez se deriva del verbo *emovere* el cual significa *moverse hacia*. Esto sugiere que en toda emoción existe tendencia a actuar (Ortiz, 1999).

Para Kleinginna y Kleinginna, citados por Herrera (2014), las emociones son un conjunto de interacciones que a través de sistemas neuronales y hormonales, generan experiencias afectivas, procesos cognitivos, ajustes fisiológicos y finalmente, conductas; estas últimas no siempre son expresivas y adaptativas.

Kolb por su parte (citado por Ibarrola, 2013) menciona tres componentes al hablar de emociones como estados complejos del organismo: Fisiológico, cognitivo y conductual.

A manera de ejemplo, una situación que desencadena tristeza evidenciará estos tres componentes en el sujeto que lo experimenta. Seguramente lo primero en hacerse evidente serán las respuestas fisiológicas del cuerpo que preparan al organismo; en seguida, esta respuesta desencadenará conductas inherentes al estado emocional escrito (actitud corporal); finalmente, respecto a lo cognitivo, se hará evidente una interpretación subjetiva de suceso u objeto desencadenante de la emoción y el cerebro creará una representación mental, lo que sin duda influirá en la forma de manifestar la emoción en situaciones similares.

Aunque estos tres aspectos permiten entender lo que sucede, es necesario recalcar que cuando aparece una emoción se trata de un solo fenómeno.

En el presente ensayo académico, las emociones serán definidas, según la perspectiva multifactorial de Fernández-Abascal y Jiménez (2010), la cual muestra una visión integral del desarrollo emocional que abarca los factores descritos anteriormente.

Diana María Calderón Salmerón - Johanna Herrera Segarra
Emociones inteligentes en la educación universitaria: los desafíos para el docente del siglo XXI

Ibarrola (2013) describe también las reacciones ante todas las emociones primarias como el miedo, alegría, sorpresa, ira, asco y tristeza; emociones con las que el ser humano nace y que son básicas para intervenir e interpretar las señales del entorno.

De Zubiría (2009) permite corroborar la afirmación de Pozo (2016), mencionada anteriormente, al manifestar que las emociones son resultado de procesos que ocurren en el cerebro, en particular los núcleos del hipotálamo. Un dato significativo de esta parte del cerebro, que por años se ha considerado el lugar en donde se alojan las emociones, es que revive una y otra vez las experiencias emocionales en su imaginación y por lo tanto reacciona a veces sin que la persona sepa qué es lo que le pasa. Por ello, una persona bajo su influencia actúa en muchas ocasiones como reacción a recuerdos y experiencias pasadas que quedaron grabadas, lo cual induce a comportamientos de aceptación o de rechazo irracionales (Ibarrola, 2013).

Las emociones por tanto, se desencadenan de acuerdo a cómo el individuo valora y analiza los acontecimientos que suceden a su alrededor; de manera rápida y automática. Sin embargo, aunque la velocidad para recuperar un evento emocional es diferente para cada ser, es posible alcanzar el conocimiento de las reacciones corporales frente a estas experiencias (Herrera, 2014).

Al respecto Damasio afirma que “las estrategias racionales del ser humano, maduras a lo largo de la evolución (y plasmadas en el individuo), no se habrían desarrollado sin los mecanismos de regulación biológica, de lo que son destacada expresión las emociones y los sentimientos” (citado por Ortiz, 2013, 184). Por lo tanto, se resalta la importancia de las emociones en el desarrollo cognitivo.

En la década de los 90 surge el término Inteligencia Emocional (IE), luego de que en 1989, John Mayer y Peter Salovey fueran los pioneros en utilizar este término en un artículo académico publicado en ese año. Sin embargo, fue Daniel Goleman quien popularizó el término, al publicar su libro *Emotional Intelligence* (1995), el cual tuvo gran acogida y éxito. Este autor resumió varias de las teorías y afirmó que concientizar las propias emociones, comprender las emociones experimentadas por los otros, manejarse bajo presión y/o frustración y lograr un buen trabajo en equipo, son habilidades cruciales para tener éxito en la sociedad actual (Ávalos y Calderón, 2006).

Así, la IE surge a finales del siglo XX cuando el concepto Inteligencia había recorrido un largo camino hasta entonces con matices fuertemente impregnados por aspectos cognitivos; esto a pesar de esfuerzos previos de diversos autores, por brindar explicación a otros factores que de forma igualmente importante, afectaban el nivel y el éxito alcanzado por los individuos. La tabla 1 resume brevemente la evolución del concepto.

Tabla 1: Surgimiento de la Inteligencia Emocional dentro de la Evolución del concepto de Inteligencia

Año	Autor/teórico	Concepción de la inteligencia
1905	Alfred Binet	Habilidades cognitivas que permiten alcanzar el éxito en la escuela
1927	Charles Spearman	Aptitud cognitiva General Única
1938	Louis Thurstone	Siete factores independientes.
1983	Howard Gardner	Ocho diferentes formas de inteligencia “Inteligencias Múltiples” entre las que se destacan intrapersonal e interpersonal.
1988	Robert Sternberg	Teoría Triárquica
1990	Peter Salovey; John Mayer	Inteligencia emocional: no cognitiva.

Diana María Calderón Salmerón - Johanna Herrera Segarra
Emociones inteligentes en la educación universitaria: los desafíos para el docente del siglo XXI

1996	Daniel Goleman	Inteligencia emocional: factor clave para alcanzar el éxito en la vida.
------	----------------	---

Elaborada por: Calderón & Herrera, (2017)

Varios estudios muestran como personas que aparentemente tendrían un futuro exitoso a nivel profesional debido a sus habilidades cognitivas, con el tiempo fracasaron paulatinamente. Por el contrario, otros que nunca destacaron en sus colegios o escuelas, llegaron a ser personas felices, realizadas y adaptadas (Avalos y Calderón, 2006).

El apareamiento de este tipo de estudios y las teorías que de allí se desprenden como parte de la IE permiten visualizar aportes significativos para cerrar la brecha existente entre cognición y emoción, pues pone de manifiesto cómo las habilidades emocionales, que sirven para la supervivencia y adaptación, pueden ser trabajadas de forma consciente, con el fin de gestionarlas y encauzarlas hacia fines positivos en medio de la búsqueda de la propia felicidad. De esta forma, no se apartan de la propia historia, sino por el contrario, pueden ser reconocidas, entendidas, aceptadas y encauzadas de forma óptima y eficiente.

Así, la inteligencia emocional ha sido estudiada por diferentes teóricos, fruto de lo cual han surgido varios modelos mencionados por Fernández-Berrocal y Extremera (citados por Herrera, 2014); Modelo de habilidad (Brackett & Salovey, 2006; Mayer y Salovey, 1997); Modelo de inteligencia social y emocional (Bar-On, 1997, 2006); Modelo de competencias emocionales centradas en el lugar de trabajo de Goleman (Boaytzis, 2006; Goleman, 1998, 2001).

Ortiz (2013), por su parte, habla de emociones inteligentes con el fin de asignarle a las emociones un papel preponderante en el desarrollo humano integral.

Para Correa (citado por Ortiz, 2013), las emociones inteligentes contemplan habilidades diversas como el conocimiento, la comprensión, potenciación de las propias emociones y la capacidad empática del individuo.

En definitiva, varios autores han conceptualizado la IE desde que apareciera el término por primera vez; desde entonces se hace palpable la necesidad de divisar la importancia para propiciar el desarrollo de la IE en el ámbito educativo, de manera que se formen desde los primeros años configuraciones afectivas saludables que faciliten la integración de lo emocional con lo racional, lo cual es imprescindible si se quiere hablar de una educación integral.

Herrera (2014) hace hincapié en que la inteligencia emocional debe ser un aspecto fundamental de la educación. Cita a autores como Palou (2008) quien insiste en que es necesario educar a estudiantes con competencias emocionales para que alcancen un desarrollo integral. Otros autores van un poco más allá e insisten en la importancia de articular el desarrollo cognitivo y afectivo desde espacios curriculares en los diferentes niveles educativos para posibilitar en los miembros de la comunidad educativa el reconocimiento de sus emociones (Argulló et ál., citados por Herrera, 2014).

Esto implica un gran reto, puesto que no basta con programas que faciliten el desarrollo de la IE en los estudiantes, sino que también se debe lograr un equilibrio entre la mente y el corazón de los docentes para que ellos puedan fungir como facilitadores efectivos en el proceso de educación emocional de sus estudiantes.

Al respecto Herrera (2014) manifiesta que el profesorado debe desarrollar habilidades para reconocer, regular y utilizar sus emociones y poder así ayudar a que sus estudiantes también lo logren, propiciando además su utilización en el aula para la

Diana María Calderón Salmerón - Johanna Herrera Segarra
Emociones inteligentes en la educación universitaria: los desafíos para el docente del siglo XXI

consecución de objetivos, la motivación, los procesos de adquisición de conocimiento y la resolución de conflictos.

Desde esta perspectiva educativa integral, es fundamental desarrollar proyectos de investigación y vinculación activa por parte del profesorado y de los directivos institucionales para direccionar adecuadamente las políticas globales, nacionales y locales, con el fin de incidir positivamente en la formación de los estudiantes (Herrera, 2014); ello permitirá generar programas que faciliten el desarrollo integral de los miembros de la comunidad educativa ajustándose a las necesidades del contexto.

Estos hallazgos muestran de forma determinante que no basta la inteligencia académica para lograr éxito profesional (Fernandez-Berocal & Extremera, 2002); la educación formal por tanto, debería preocuparse por generar estos importantes espacios de desarrollo emocional dentro del sistema educativo.

Según Ellis (citado por Herrera, 2014) el ser humano puede aprender a ser feliz o no serlo. Estos hallazgos motivan con más fuerza a los docentes y profesionales vinculados a la educación a repensar en los esfuerzos por conseguir una educación integral que incorpore la vida emocional dentro de los contextos formales de aprendizaje de manera que se garantice una educación trascendente.

De esta manera la educación emocional se vuelve un eje indispensable que debería ser considerada con la misma importancia que se da actualmente a todas las ciencias consideradas en el currículo.

Como se ha mencionado, este esfuerzo no se agota en programas para los estudiantes, sino que también debe involucrar al profesorado, el mismo que en primera instancia debería trabajar en sí mismo y propiciar su propio desarrollo en temas de manejo emocional. De acuerdo con Herrera (2014) en los últimos años se evidencia un aumento de conductas disruptivas en los docentes, tales como cansancio, insomnio, altos niveles de estrés, dolores corporales diversos, entre otras. Estas dificultades no pueden ser desconocidas o infravaloradas, pues está claro que el profesor influye definitivamente en el desarrollo integral de sus estudiantes.

Esto debe ser contemplado desde las universidades, pues alineados los hallazgos descritos la Educación superior debería contar con profesores emocionalmente saludables, ya que la formación integral de los futuros profesionales debe superar la postura tradicional del ejercicio docente en la universidad.

2. Inteligencia emocional en los procesos de enseñanza-aprendizaje en la Universidad: Desafíos para el docente.

Es incuestionable que las emociones desempeñan un papel determinante sobre la práctica docente y, afortunadamente nos encontramos en el periodo científico que mayor literatura empírica ha generado al respecto. La influencia del docente en la vida académica y personal del alumnado va más allá de la palabra y muestra que en sus concepciones y en sus actos ejerce un real impacto.

Palomero (2009) sostiene que la formación que se ofrece al profesorado, no siempre reconoce su condición de ser social y emocional. En ese sentido, las investigaciones actuales brindan serias implicaciones sobre la importancia de tener en cuenta en la formación del profesorado factores que faciliten su desarrollo socioemocional y bienestar psicológico para un adecuado ejercicio docente.

Emociones inteligentes en la educación universitaria: los desafíos para el docente del siglo XXI

Como señalan Valverde, Fernández y Revuelta (2013), cuando un docente identifica, reconoce y potencia sus fortalezas es capaz de hacer lo mismo con sus estudiantes; además estaría en capacidad de manejar de mejor manera sus estados emocionales

Si las Universidades reconocen la importancia de desarrollar habilidades de responsabilidad y liderazgo en sus estudiantes, deberían contemplar las competencias emocionales como elemento indiscutible del éxito profesional, académico y personal.

El modelo propuesto por Dacre y Sewell (2007) considera que la competencia emocional debe ser considerada un eje fundamental de la formación universitaria para garantizar el empleo en los futuros profesionales. Por tal razón, las instituciones de educación superior necesitan diseñar planes que integren estos aportes en la formación profesional.

Los currículos universitarios no suelen contemplar bases científicas que fomenten el bienestar psicológico de los estudiantes, por el contrario, incluyen solamente una sobrecarga de descubrimientos científicos actuales relacionados con su área de formación específica.

Estudios muestran que durante los primeros años de universidad, gran cantidad de estudiantes piensan en desertar de su carrera, se desmotivan y no reconocen sus potencialidades (García-Ros, et ál., citados por Herrera, 2014) a pesar que a su ingreso contaban con la claridad y motivación necesarias para estudiar su carrera. Estas situaciones podrían prevenirse si la universidad contemplara un rol un tanto diferente al rol directivo al que ha estado acostumbrada; esto es, pasar hacia un rol colaborativo en donde se presenten oportunidades para que el estudiante pueda explorar, reconocer y potenciar sus habilidades, conocimientos y recursos, desde una perspectiva integral.

Sin duda, el cambio conceptual no resulta nada fácil debido a la naturaleza implícita de los principios que organizan y restringen nuestras representaciones sobre el aprendizaje en la Universidad. Sin embargo, se vuelve necesario, si consideramos a la luz de la ciencia la importancia de la IE para el éxito profesional, personal y social en la vida de los individuos.

La dimensión emocional del ser humano ha estado relegada por mucho tiempo aun cuando paradójicamente en la era de las telecomunicaciones, nuevas tecnologías y avance científico, es evidente el creciente aumento de la necesidad de valores personales, espirituales y emocionales (De la torre Saturnino, 2006).

Las emociones son fundamentales para alcanzar el bienestar subjetivo y, por ende, el éxito intrapersonal e interpersonal. En consecuencia, es necesario que el profesorado desarrolle habilidades sociales y emocionales que posibiliten una mejor calidad docente, estimulación del aprendizaje y desarrollo de competencias emocionales en el alumnado universitario. Para alcanzar este objetivo es un requisito fundamental incidir directamente en el fortalecimiento de la inteligencia emocional de los docentes universitarios.

Es responsabilidad de la universidad garantizar una formación de excelencia y calidad a las generaciones de estudiantes que pasan por sus aulas pero ello solo es posible con profesores capacitados, que más allá de sus conocimientos y experticias específicas, tengan también una adecuada formación en el propio manejo de sus emociones y reacción frente a las demandas de un entorno universitario cada vez más exigente y cambiante, en el cual a su vez intervienen múltiples estresores.

Varios estudios confirman que no es factible facilitar el desarrollo de competencias que previamente no han sido alcanzadas por el docente; y mucho menos es posible impartir

Diana María Calderón Salmerón - Johanna Herrera Segarra
Emociones inteligentes en la educación universitaria: los desafíos para el docente del siglo XXI

una educación de calidad en ausencia de bienestar del profesor. Un estudio realizado por Weare y Grey (citado por Abanades, 2016), recomienda que es necesario desarrollar de forma explícita las habilidades socio- emocionales no solo en los niños, sino también en las instituciones superiores que forman profesores.

En el estudio realizado por Abanades (2016) se evidencia cómo el nuevo perfil docente en la educación superior, requiere una formación más exhaustiva de competencias, incluyendo sobretodo un buen conocimiento de sus emociones y por ende, un aprendizaje sobre el adecuado manejo emocional.

Ser profesor sin duda, es una de las tareas más complejas en el siglo XXI y por ello, varios estudios señalan lo importante de complementar la formación docente con el desarrollo de capacidades emocionales y sociales. Este por supuesto, es uno de los grandes retos que todo docente tendrá que asumir en su práctica docente, si efectivamente se quiere una transformación significativa en la Educación. Pues por un lado, estará en la obligación de formarse a sí mismo para propiciar en sí mismo un adecuado desarrollo de su inteligencia emocional, y por otro lado, deberán favorecer este desarrollo en sus estudiantes, pero con una base sólida contar con logros propios para solo entonces poder facilitar este desarrollo en sus aulas.

Discusión

En medio de los cambios vertiginosos propios de la sociedad del siglo XXI el ser humano está expuesto cada vez más a emociones diversas y de gran intensidad dentro de su diario vivir. Sin embargo, a diferencia de épocas pasadas, hoy en día diversos factores nos hacen cada vez tener menos espacios para el autoconocimiento y concientización de esos estados emocionales, y menos aún el reconocimiento como seres capaces de manejarlos y encauzarlos de forma adecuada.

¿Qué se ha realizado desde la Academia para dar respuesta a las demandas sociales de esta época? ¿Cómo afrontarán los docentes del siglo XXI, en especial desde la academia estos importantes cambios sociales que impactan directamente en los aprendices dentro del hecho educativo?

Se han citado diversas fuentes que recalcan la importancia de generar espacios dentro de los procesos de interaprendizaje en la Universidad, que permitan considerar a la educación emocional como un eje transversal y necesario al interior de las aulas Universitarias.

Las emociones deben ser reconocidas, aceptadas, concientizadas como aspecto fundamental e ineludible dentro de espacios educativos; esto implica un enorme desafío para el profesor universitario del siglo XXI, quien por un lado debe formarse y prepararse para facilitar en sí mismo el desarrollo de su Inteligencia emocional y, por otro, tiene la tarea de propiciarlo en sus estudiantes. El reto es mayor cuando se considera que muchos de los maestros de hoy recibieron en calidad de aprendices una educación con docentes que ejercían un rol diferente al que ahora ellos deben asumir como educadores (Calderón, 2018).

Investigaciones recientes desde las neurociencias recalcan la importancia de incorporar la emoción, como parte ineludible de la formación del ser humano. Se ha demostrado en este artículo la necesidad de propiciar desde la Universidad una educación integral, no obstante, en la práctica educativa es posible ver profesores cuyo actuar evidencia cómo se sigue considerando la razón como factor casi único y fundamental en el aprendizaje, sobre todo al interior de la Universidad; la academia por años ha estado enfocada en el conocimiento y experticia de áreas específicas, pero al igual que en otros

Diana María Calderón Salmerón - Johanna Herrera Segarra
Emociones inteligentes en la educación universitaria: los desafíos para el docente del siglo XXI

espacios se ha dejado de lado los aspectos emocionales para la formación del futuro profesional.

Son pocas las universidades que contemplan estos aspectos dentro de la malla curricular de sus Carreras y programas. Un ejemplo digno de ser presentado es el de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, en donde alineados a la formación integral declarada en la misión de esta Institución Educativa ((Modelo Educativo de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, 2017), se contempla la Asignatura de Proyecto de vida en la cual se abordan temas que propicien el autoconocimiento de los futuros docentes, así como aspectos socioemocionales necesarios para un mejor ejercicio de la profesión (Calderón & Yépez, 2018). Esto es un primer paso, sin embargo, aún queda pendiente el generar espacios de esta naturaleza para los profesores universitarios, pues como se ha mencionado, no es posible propiciar el desarrollo de una competencia que no ha sido adquirida por el profesor.

Como bien lo ha manifestado Extremera & Fernandez-Berrocal (2016), para que un estudiante adquiera habilidades emocionales y afectivas requiere un educador emocional preparado; esto sin duda implica una transformación de las concepciones sobre enseñanza en muchos espacios académicos. El trabajo mancomunado al interior de la Academia será fundamental.

El papel del docente dentro de su propia praxis profesional se vuelve sumamente significativo para la sociedad, pues quién mejor que él para cuestionar y aplicar estrategias que faciliten el desarrollo de la IE en sus aulas y, mejor aún, sistematizar sus experiencias educativas y buenas prácticas docentes, de forma que permitan crear y construir mejores herramientas que puedan ser usadas por otros profesionales del campo de la educación.

El analfabetismo afectivo del que habla Ortiz (2013), tiene una grave implicación para la sociedad puesto que muchos profesores dan cuenta de él y viven sin poder identificar, conocer, manejar y encauzar sus emociones hacia fines productivos y adecuados en busca de bienes mayores en la educación de sus alumnos.

Este analfabetismo afectivo impacta en diversas áreas, sectores y niveles de la sociedad, pues también se transmite de generación en generación, a menos que los esfuerzos por entender y manejar adecuadamente la propia vida afectiva, se vean reflejados en diversos actores sociales, como los docentes, y poco a poco esto se replique permitiendo retomar una concepción integral del ser humano más allá de lo meramente racional.

La afirmación realizada en varios estudios sobre la posibilidad existente de aprender a ser feliz o infeliz, muestra que el siglo XXI es un importante momento de la historia, pues la educación deberá cuestionarse y tomar decisiones en cuanto a qué enseñará a sus estudiantes durante las próximas décadas.

Este planteamiento se torna más relevante en la academia ya que los estudios científicos demuestran que es posible enseñar al cerebro a ser o no ser feliz. En ese sentido la academia deberá cuestionarse con mayor fuerza la formación de los futuros profesionales para contemplar dentro del currículo sus expectativas y emociones, apoyada en metodologías que vayan al ritmo de lo que la sociedad actual necesita hoy respecto a la educación profesional y formación para la vida.

De esta manera, la academia deberá facilitar en los futuros profesionales un desarrollo integral que les permita ser capaces de visualizar el camino que los conducirá cada vez

Diana María Calderón Salmerón - Johanna Herrera Segarra
Emociones inteligentes en la educación universitaria: los desafíos para el docente del siglo XXI

más hacia su felicidad; esto conlleva el reconocimiento de las emociones en el otro, como ser que también va en busca de su propia autorrealización.

Por otro lado, es innegable que el incorporar desde la academia el desarrollo de la IE, implica generar espacios que formen a los estudiantes en la adquisición de estas habilidades como eje transversal.

Como se ha mencionado, este esfuerzo de la universidad por abrir estos espacios, debe estar direccionado en primera instancia hacia sus colaboradores, especialmente a los docentes, quienes de diversas formas terminan por ser un referente en el futuro profesional de los estudiantes.

La universidad como ente transformador de sociedades y generador de conocimiento debe implementar programas que puedan validarse desde la investigación científica y permitan trabajar en la reconstrucción de una sociedad que ha vivido haciendo caso omiso al fenómeno de la emoción dentro los procesos educativos, apartándola e invisibilizándola de la vida diaria de los estudiantes y sus maestros.

La educación en la universidad y principalmente, sus docentes tienen la misión de aprender a gestionar sus emociones dentro del proceso de enseñanza -aprendizaje y sobretodo, generar nuevas rutas cerebrales que reemplacen a las preexistentes, y que les permitan generar un aprendizaje más significativo en el aula, integrando la emoción y la razón como dos partes necesarias e inseparables dentro proceso educativo.

3. Conclusiones

Si se reconoce la importancia de la IE en el desarrollo integral del ser humano no se puede menospreciar el importante impacto de esta en los procesos educativos. Cada vez más se evidencia la necesidad de incorporar dentro de la educación Universitaria espacios que faciliten un adecuado desarrollo de la IE para los educandos y para sus docentes.

Para lograr esto en el ámbito educativo, los docentes deben contar con una formación sólida de base, así como también estrategias diversas de enseñanza que faciliten el proceso. Esto implica un gran reto puesto que no basta con programas que promuevan el desarrollo de la IE en los estudiantes, sino que también se debe lograr un equilibrio entre la razón y la emoción de los docentes para que ellos puedan fungir como facilitadores efectivos en el proceso de educación emocional de sus estudiantes.

Desde esta perspectiva educativa integral es fundamental desarrollar proyectos de investigación y vinculación activa por parte del profesorado y de los directivos de Educación Superior para direccionar adecuadamente las políticas globales, nacionales y locales, con el fin de incidir positivamente en la formación de los estudiantes (Herrera, 2014); ello permitirá generar programas que a nivel universitario faciliten el desarrollo integral de los miembros de la comunidad educativa ajustándose a las necesidades propias del contexto.

Todos los hallazgos aquí descritos muestran de forma determinante que no basta la inteligencia académica para lograr éxito profesional (Fernandez-Berocal & Extremera, 2002); la educación formal por tanto, debería preocuparse por generar estos importantes espacios de desarrollo emocional dentro del sistema educativo Universitario.

Finalmente, se recalca la importancia de contar con maestros inteligentes emocionalmente quienes solo formándose y trabajando en sus propios procesos, estarán en capacidad de facilitar el desarrollo de la IE en sus estudiantes. La bibliografía sobre programas de desarrollo de la IE en profesores universitarios aún sigue siendo

Diana María Calderón Salmerón - Johanna Herrera Segarra
Emociones inteligentes en la educación universitaria: los desafíos para el docente del siglo XXI

escaza. Aun cuando existen en el mundo programas para ello, parecería que todavía queda un largo camino por recorrer en las aulas universitarias.

Bibliografía

- Abanades, M., (2016). Nuevo perfil docente en la educación superior: formación, competencias y emociones. *Opción* (32, 8): 17-37.
- Calderón, D. (2018). Inteligencia Emocional: Un reto para el Educador del Siglo XXI. En E. Higuera, P. Erazo, & F. Palacios, *Pensar, sentir y hacer Educación*. Quito: Centro de Publicaciones PUCE.
- Calderón, (2016). *Manejo de las emociones en edades tempranas*. Memorias del IV Encuentro de educación Infantil, OMEP-Ecuador, 2016: 274-280.
- Calderón, D., & Yépez, A. B. (2018). "Proyecto de vida: Impacto en el desarrollo de la Emotividad como base para el desarrollo de la Inteligencia Emocional". *Revista PUCE: Educación y Diversidad* (107): 29-49.
- Chabot, D., Chabot, M. ((2010). *Pedagogía Emocional*. México DF: Alfaomega grupo editor.
- Damasio, A. (2008). *El error de Descartes*. Barcelona: Crítica.
- Díaz, F. (1999). *Estrategias docentes para un aprendizaje significativo: una interpretación constructivista*. Bogotá: MAcGraw-Hill.
- Fragoso-Luzuriaga., R. (2015). "Inteligencia emocional y competencias emocionales en la educación superior, ¿Un mismo concepto?". *Universia* 6 (16).
- Gaete, R. (2011). "El juego de roles como estrategia de evaluación de aprendizajes univesitarios". *Educ.* 14 (2): 289-307.
- Goleman, D. (1996). *La inteligencia emocional*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.
- Herrera, G. (2010). "La educación superior avanzada: calidad-equidad-pertinencia: Tasas de coberturas terciarias en América Latina y el Caribe". *Pedagogía Universitaria* (1).
- Ibarrola, B. (2013). *Aprendizaje emocionante, Neurociencia para el aula*. Madrid: ediciones SM.
- Pozo, J. (2016). *Aprender en tiempos revueltos*. Madrid: Alianza.
- Reyes, C., Carrasco, I. (2013) "Inteligencia emocional en estudiantes de la Universidad Nacional del Cetro de Perú". *Apunt. Cienc. Soc.* (04): 87-100.
- Viñoles, M. (2013). "Conductismo y constructivismo: Modelos pedagógicos con argumentos en la educación comparada". *Consejo de redacción*.

Diana María Calderón Salmerón - Johanna Herrera Segarra
Emociones inteligentes en la educación universitaria: los desafíos para el docente del siglo XXI

